

LA MUJER BARBUDA

Suplemento cultural de La Voz del Tajo. Año II. Nº 46. 11 de Mayo de 1985.

Afeitarse

Hoy La Mujer Barbuda añora una acción que está en sus antípodas: la de un gratificante afeitado; y lo hace transcribiendo dos buenos párrafos, uno en prosa y otro lírico. Rescata, por un

lado, un hermoso artículo de César González-Ruano, publicado recientemente por Carlos de la Rica en la colección conquense El Toro de Barro; de otra parte, y como postre de esta entrega.

Afeitado en un pueblo

Uno no sabe afeitarse. A veces, esta señoritada se convierte en complicada servidumbre. Sobre todo, en verano, viajando de acá a allá, y contando también con que la barba crece más con el calor y se hace más intolerable aparecer mal afeitado a un sol entero y andando por las rubias arenas de una playa.

Tuve necesidad de entrar en una peluquería muy pobre de un

pueblo muy rico. Se me había olvidado cómo era una peluquería de pueblo. Algo solanesco, casi trágico, por alegre que el pueblo sea. Después de apartar con dificultad su cortina de flecos, puesta sin duda con la intención de que las moscas no entren, sin saber que sirve exactamente para que las moscas no salgan, entro en una habitación, tan reducida, que asombra que

hospede a dos barberos y a seis personas que parece que están esperando.

—¿Hay para mucho tiempo?
—Usted es el primero.

Se comprende que los que creíamos que esperaban vienen aquí a leer el periódico, a charlar, a hacer tiempo, Dios sabe para qué cosa.

Afeitan un hombre ya casi viejo, con aire de maestro escuela, y otro, joven, que acaso es su hijo. Les ayuda, no se sabe a qué, un muchacho que tendrá once o doce años.

Cuando me siento en la butaca, dispuesto a que me afeite el que me ha correspondido, el viejo, le explico lo del bigote. Uno lleva un bigote sencillo y al mismo tiempo complicado.

—Conserve usted la forma, maestro... O sea, que los extremos van hacia arriba, y lo demás, recto. Por abajo me afeita sólo las extremidades, sin entrar con la navaja en el labio.

No me dice si me ha entendido o no, y empieza a enjabonarme. Una mosca, dos moscas, tres moscas me pasan por la frente. El niño aprendiz se pone tan cerca de mí que podría contar los poros. Me mira fijamente, azorantemente.

—Una sola pasada, maestro. Sin apurar.

Cuando llega el momento del bigote me doy cuenta rápidamente de que le está dando la forma que le da la gana. ¿Qué vamos a hacerle? El niño se acerca todavía más. Casi se me rueca en el brazo.

—Niño, ¿no podrías apartarte un poco?.

El maestro es la primera vez que habla:

—Como está de aprendiz...

—Por eso; se aprende mejor viendo las cosas con cierta distancia.

—Como está de aprendiz...

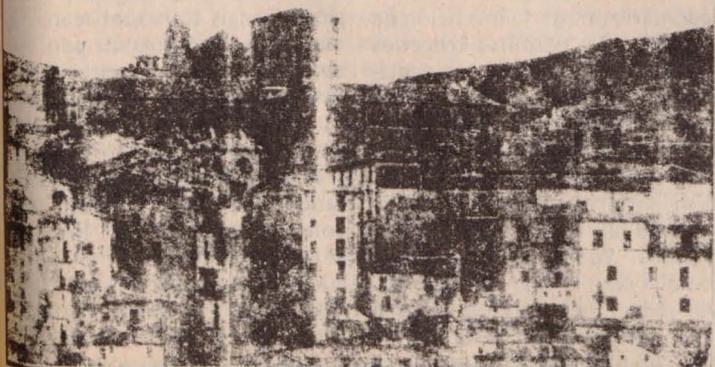
No quiero decirle que es terrible que aprenda alguna vez a afeitarse tan mal.

Salgo con el bigote que el barbero cree que debo llevar.

César González-Ruano

Artículos sobre CUENCA

Edición de
Hilario Priego
y José A. Silva



César González-Ruano.